

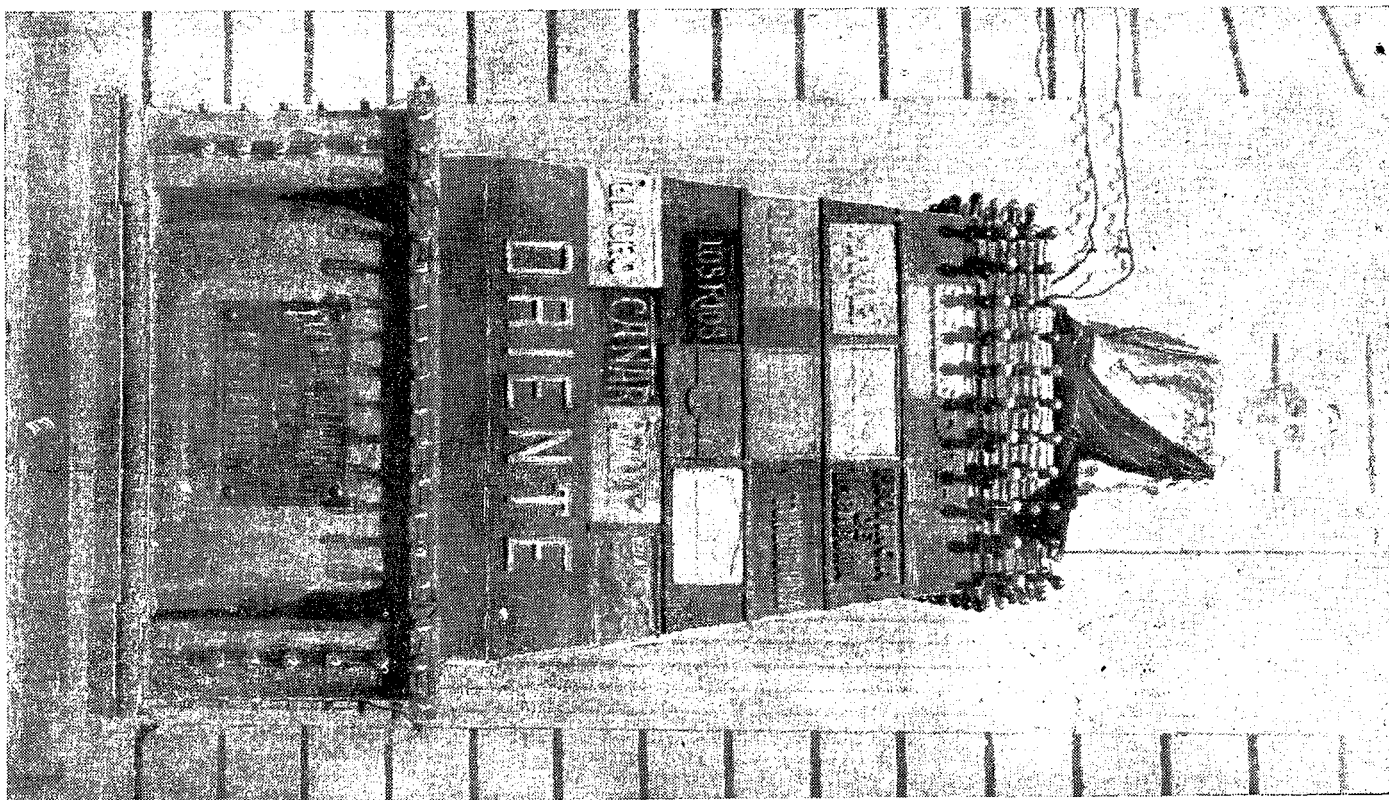
GENERAL A. I. CHIRIBOGA N.

EN LA
CASA
BOLIVARIANA



EDITORIAL LABOR
QUITO
1936

60-5
h-41



Obelisco de las piedras enviadas para la base del Monumento a Bolívar

SP
2002

9941 1993

004416-J.
DISCURSO

pronunciado ante el obelisco erigido para exhibir las preciosas piedras enviadas por las Provincias de la República para formar la base del gran Monumento a Bolívar en en la ciudad de Quito.

(17 de Diciembre de 1930)

En el inmenso duelo americano, en que la esfinge del siglo XIX se nos presenta con los ojos nublados por llorar, en un siglo de incertidumbres, dudas y vacilaciones, el incumplimiento de los mandatos de Bolívar, bien está que la gratitud sea una muestra de pesar y que se traduzca en afanes de glorificar al Libertador, cuyo corazón palpita de amor por América hasta la una de la tarde de un día como éste.

En la grandiosidad sincera, espontánea y magnífica con que el Ecuador ha guardado la memoria de Bolívar, formando con sus homenajes un inmenso venero de afectos, en el que se sintetizan pasadas glorias y libertades adquiridas, bien está que juntemos nuestros corazones y los ofrezcamos en holocausto de amor y reconocimiento, por quien todo lo somos y a quien todo lo debemos.

Bolívar, en su perennidad de genio y en su sublimidad de hombre, juntó en un solo ritmo el pensamiento a la acción, la destrucción a la vida, el sacrificio a la libertad, el pasado al presente y al porvenir, en el que encauzó con sus obras de prodigio, la realidad de lo que nuestros antepasados, en milenios de milenios, miraron como un ensueño.

Bolívar en el proceso de la libertad de América, fue cabeza, fue guía, fue sol, corazón y espada de la guerra, y fue, a la vez esperanza e idea, alma de democracia, inspiración de constituciones y de leyes, égida de la justicia, baluarte del derecho, jerarquía para el orden y soberanía de las patrias.

El monumento que había de elevar sus prestigios ante las generaciones futuras de América, lo sustentó él mismo con sus creaciones magnificentes y lo materializó, cuando, trepando sobre el Chimborazo, hendió su frente coronada por los laureles de cien victorias en la comba azul de nuestro cielo, en tanto que las banderas de las naciones que libertó flameaban al viento del porvenir, como proclamando su grandeza al mundo todo que a sus plantas se abismaba.

Hoy, no hay rincón de América que no ilumine su doctrina, no hay hombre que no conozca su evangelio de libertad, no hay labios que no pronuncien, con fervorosa unción, el nombre de Bolívar.

¿Qué mucho, pues, que nosotros que todo le debemos, que hemos mantenido en cien años encendida la llama ardiente de nuestra veneración, cubramos hoy de luto y de sombras a la Patria? ¿Qué mucho que, hoy, en conjunción admirable,

en fusión íntima, se unan todas las provincias del Ecuador. se compenetren, se confundan en las ritualidades de un culto armonioso, simultáneo, para honrar a Bolívar?

En este país, del que la naturaleza hizo un pequeño Universo, porque en él se desarrollan todas las plantas, viven todas las especies, prosperan todos los frutos, vemos también que lo que la tierra ha dividido ha unido el patriotismo; y es prueba de ello que, hoy, en íntima comunión de afectos, 17 provincias, sobre las que flota enhiesta y orgullosa la bandera tricolor, han acudido para los homenajes debidos al Héroe sin par, en afán de culto, de competencia inusitada y de ferviente pleitesía.

¿Qué significación tan extraordinaria la de las ofrendas provinciales en la hora del duelo ecuatoriano por el Gran Libertador! Son, unas piedras extraídas de las entrañas mismas de cada provincia; ótras, cinceladas en consagración eterna por sus máximos artistas, buriladas todas, con el afecto profundo y magnífico de cada entidad política: son la expresión de los corazones ecuatorianos, del alma de tres millones de seres que en esta hora, piensan y sienten unidos en memoria y voluntad, en aquel prodigioso genio, Simón Bolívar.

Granitos y mármoles, cuarzos y alabastros, en diversidad de matices, en variedad de colores, ostentando cada cual el nombre heroico de una provincia, en noble competencia, tienen un significado espiritual que se siente, que se aspira y se eleva; como el perfume del incienso, en exvoto incomparable uniforme y solemne, hasta la grandeza misma de Bolívar!

... Piedras enviadas desde el Carchi, y que fueron arrastradas por sus aguas desde el corazón de la Gran Colombia;

... piedras del Imbabura, que se convirtieron al impulso triunfador de las armas de Bolívar a orillas del Tahuando;

... mármoles, representativos del granito de Pichincha, que fue el pedestal de la más gloriosa victoria de la Independencia;

... rocas del Cotopaxi, lavas del Tungurahua, que sintieron el tropel de los escuadrones libertadores;

... alabastros, ofrenda del Chimborazo, el Sinaí al que trepó Bolívar en sus delirios de libertad, dando su nombre a otra Provincia;

... mármoles de las provincias azuayas de aquellos que revistieron los palacios del Tomebamba y los castillos de Huayna-Capac;

... piedras del Monserrat, empapadas con la sangre de los vencedores del 29;

... cortezas de las ricas tierras costaneras; verdes de Esmeraldas, rojas de corales Manabitas, áureas, extraídas de la provincia de El Oro, o arrancadas de las playas de Los Ríos, o bien tomadas del Guayas; de aquella tierra de libertadores, que grabaron para siempre, en el frontispicio de la historia, el abrazo egregio del Libertador con el ínclito San Martín;

... piedras bolivarianas que tienen todas una expresión, un significado de alianzas perdurables, de sentimientos inefables, que van a ser el alma del monumento a Bolívar, el espíritu que anime su mole inerte, el símbolo de nuestros propósitos, la vida de los mármoles y el gesto del bronce, que

proclamará la gloria creciente del artífice admirable, del pensador profundo, del poeta de la guerra del creador de la democracia, del legislador, del político, del estadista todo dinamismo en la obra magna de la formación de la América española; piedras todas de selección, arrancadas de la montaña o de la mina, de la cumbre o de la sima, de la llanura o del río, núcleos vivientes del corazón de esta Patria, el Ecuador!

Los días, los años, el tiempo, fundirán al calor del sol o al rigor de los vientos, en las obscuridades del porvenir o en las noches lunares, en el crisol del sentimiento, todas estas piedras, para que las glorias de Bolívar, ya depuradas como están de todas las sombras, tomen la estatura de los siglos y el significado de la libertad.

Este homenaje es expresión de la voluntad nacional, que ha querido así poner la primera base inmovible al grandioso monumento, que, en días más, perpetuará en esta vieja capital, no la memoria sino el afecto mismo, vivo, intenso, firme del Ecuador a Bolívar.

Y así con estos actos, seguiremos para gloria nuestra, mereciendo el procerato de lealtad, que es blasón de nuestro escudo y orgullo de nuestra bandera; y sólo así con fidelidad al Libertador, con observancia de sus postulados, con culto a sus obras, podremos continuar en el peregrinaje de esfuerzos y de acción, que es para los pueblos el escalón único por el que pueden llegar a la conquista del porvenir.

La firmeza de estas piedras pregonará el imperativo de la unión nacional, el deber de la concordia ciudadana, para que así se acrezca la gratitud a

Bolívar y podamos, al cabo de una nueva centuria levantar más alto el pedestal que, sobre los tiempos y las generaciones, eleve al Libertador a las incommensurables alturas a las que se hizo digno por su vida de perenne sacrificio.....



O'Higgins a Bolívar: *“Jamás he perdido la oportunidad de manifestar la honra que recibiría de hallarme peleando a las órdenes de S. E. el día de la batalla en que deba decidirse la suerte del Perú en el carácter de simple voluntario, pues, habiendo venido a estos países, en mi carácter particular, creo muy natural que S. E. no supiese el rango militar que tengo en el Ejército del Perú”.*

En la Casa Bolivariana al ofrecer a la Sociedad para su Salón de Honor el retrato del insigne prócer chileno General Bernardo O'Higgins.

(9 de Mayo de 1933)

Señores:

En la última sesión ordinaria de esta benemérita Sociedad solicité que se me permitiera el honor de incorporar a la galería de los próceres americanos un óleo del gallardo y magnífico prócer chileno, General Bernardo O'Higgins.

La Sociedad Bolivariana, asintiendo a mi pedido, fijó esta fecha para que, en sesión extraordinaria, a la que se solicitaría la concurrencia del Representante de Chile y de muy distinguidos Socios honorarios, hiciera su entrada en esta sala el máximo héroe de la independencia del país fraterno, en el que se guarda y se rinde culto singular al Libertador por antonomasia.

Se asociaron desde el primer momento a mi pedido el señor doctor don Luis Felipe Borja, nuestro ilustre Vice-presidente, y el distinguido vocal señor Coronel don Nicolás F. López, los dos de acendrado credo Bolivariano.

¿Qué nos movió a promover este homenaje al benemérito chileno?

Motivos ante todo de justicia y veneración al prócer y luego afecto a la Patria de la bandera de la Estrella Solitaria; de gratitud para la nación chilena por la acogida que de ella recibíáramos cuando portando nuestro tricolor a ella fuimos; y sobre todo, de admiración a aquel pueblo fuerte que ha conocido de todas las victorias y que se ha singularizado por su patriotismo, por su dignidad, por su noble apego a la libertad y a la independencia.

Luego el guerrero y el estadista, el soldado valeroso y el General inspirado, el táctico y el estratega, dignísimo es de formar en la selección de los próceres bolivarianos.

O'Higgins tiene su historia propia, su personalidad precisa, sus clásicos prestigios.

Formando con los próceres, los hermanos Carrera, en las emergencias, batallas y luchas de los primeros años de la independencia chilena, fue luego el General en Jefe de la campaña del año de 1814.

O'Higgins es inconfundible en las guerras sangrientas de la libertad de Chile, en las que se distingue con caracteres radiantes, con méritos sobresalientes....

En la acción del Roble alcanza por su valor temerario, el título de **PRIMER SOLDADO DE CHILE**. En aquella batalla, cuando perdidas estaban las esperanzas de recibir auxilios, cuando uno por uno, iban sucumbiendo los heroicos chilenos aplastados por el poder del número, O'Higgins toma un rifle y colocándose al frente de sus tropas

grita "O VIVIR CON HONOR O MORIR CON GLORIA, EL QUE SEA VALIENTE QUE ME SIGA"; actitud que conmueve a sus hombres quienes cargan a la bayoneta en forma irresistible rompiendo, al grito de "VIVA LA PATRIA", las espesas filas contrarias, tornándose lo que ya era una derrota en un éxito brillante....

Más tarde sangre libertadora empapa las calles de la ciudad de Rancagua. Las fuerzas españolas que ya la dominan, queman en la torre del pueblo la bandera de la patria naciente izada a poco por los independientes.

El Comandante en Jefe chileno, en respuesta, ordena a su vez enlutar los pabellones para hacer saber a sus adversarios que el lema de Chile será: **VENCER O MORIR.**

A las cuatro de la tarde del día 2 de Octubre de 1814, más de la mitad de los defensores de Rancagua, habían caído muertos o heridos; las piezas de artillería caldeadas ya por el intenso fuego no funcionaban, los fusiles habían silenciado porque la munición estaba agotada. No quedaba, al parecer, otro camino que el de la rendición. Fue en aquella tarde y en aquella escena cuando la figura moral de O'Higgins se relievá en toda su grandeza.

"**SABLE EN MANO Y A LA CARGA**", grita heroico, y seguido de un puñado de valientes rompe el cerco formidable; y, libre para no caer en manos contrarias vuela tras de los Andes en dónde el glorioso San Martín fundía ya en las fraguas de Mendoza una nueva porción de armas libertadoras.

Chile en aquel entonces vuelve a caer bajo el

dominio de los conquistadores: Chillán, Querechaguas, Talca, Cancha Rayada, Rancagua, apenas quedaban como lugares en que se había abonado con sangre la semilla de la libertad...

Pasan los tiempos y un florecer de esperanzas agita el corazón del pueblo chileno. Al amanecer de cada día se dirigen sus miradas a la alta cordillera en espera del sol que alumbrará con resplandores de libertad las macizas moles Andinas. Y llega la aurora en que aparecen las cumbres vestidas de gala, pendones y oriflamos flotan en la cima enhiesta, cóndores y águilas revolotean asoradas al escuchar el toque de tambores y clarines. Y se señala pronto, en los calendarios de la epopeya la victoria de Chacabuco en la que se abaten los pendones realistas una vez más.

Cancha Rayada abre un nuevo paréntesis que resta vigor y energía a la liberación de Chile. Entre los horrores de aquella sorpresa O'Higgins heroico y sangrante, surge de entre el humo y el fuego, como un símbolo de victorias, y convierte aquella derrota, unido el pueblo todo de Chile, en un solo corazón, en laureles que siegan las doradas espigas del campo de Maipú; que señala la definitiva victoria de la emancipación chilena.

O'Higgins guerrero Libertador es el gobernante desinteresado y progresista, el organizador de aquella gran patria chilena, cuyo pueblo ha conocido los tonos de las más brillantes historias y cuya escuadra ha escrito por doquiera con caracteres inmortales las palabras "HONOR Y SACRIFICIO".

O'Higgins, héroe en el concepto más alto de Carlyle tuvo también su calvario... Proscrito hu-

bo de abandonar su patria hasta el día en que entrando a la inmortalidad, calificado sería definitivamente como el **PRIMER SOLDADO DE CHILE Y COMO EL GOBERNANTE MAS CIVILISTA DEL CIVILISMO DE AQUEL PUEBLO**".

Aparte de tanta gloria hay que recordar que, apenas independizado Guayaquil en 1820, O'Higgins se apresuró a tenderle la mano enviándole la escuadra de que disponía para que vigilara las aguas del Guayas en cuyos alrededores surcaban aún naves españolas, creándose así por este prócer benemérito, las vinculaciones que habrían de subsistir hasta ahora entre estos dos pueblos que van marchando en la vida republicana, sin sombras en su amistad, sin ocaso en sus sentimientos.

Más tarde, el 15 de Julio de 1823, el ex-Director Supremo de Chile dejaba la Patria que él había libertado en viaje rápido al Perú. Libre ya de las preocupaciones de gobierno, decía, en la comunicación que dirigió pidiendo permiso para ausentarse del país: puedo dedicarme a mis atenciones privadas y espero que el gobierno me permitirá que pase a Irlanda por algún tiempo a residir en el seno de mi familia paterna donde continuaré formulando mis ardientes votos por la felicidad de la patria.

La fragata cruzaba la bahía de Valparaiso rumbo al norte, cuando en todo Chile circuló una proclama que la multitud leía con avidez, con los ojos humedecidos y el corazón opreso por la emoción. Era la despedida del héroe: "Compatriotas" Con el corazón angustiado y con la voz, trémula, os doy el último adiós: el sentimiento con que me

separo de vosotros es sólo comparable con la gratitud que conservo. Sea cual fuere el lugar a donde llegue, ahí estaré con vosotros y con mi patria amada”....

Cuando O'Higgins llegó al Perú ya nada quedaba en pie de lo que San Martín había fundado. Entre recelos y traiciones y ambiciones que se disputaban el mando sucumbían todos los intereses del pueblo peruano. O'Higgins tenía como antecedente en su favor en el Perú la expedición libertadora a la que tanto contribuyó. Llevaba consigo el grado de Capitán General de los Ejércitos Peruanos, que le fuera concedido por el Congreso de aquella nación, y quiso, valiéndose de todo ello, servir de nuevo a la independencia peruana, tratando sobre todo de restablecer el orden y la paz interna de la que tanto se requería en el Perú frente a los poderosos Ejércitos realistas, entusiasmados por sus últimas victorias.

Nada pudo obtener.

Afortunadamente; pocos días después ya fondeaba en el Callao el bergantín "Chimborazo", que traía a su bordo a Bolívar, resuelto a vencer el poderío español en el último reducto de la América meridional.

Bolívar y O'Higgins establecieron las más cordiales relaciones que culminaron en la oferta de O'Higgins, reiterada muchas veces, de participar en las campañas y en las batallas de la independencia peruana. "Jamás, decía O'Higgins, he perdido la oportunidad de manifestar la honra que recibiría de hallarme peleando a las órdenes de S. E. el día de la batalla en que deba decidirse la suerte del Perú en el carácter de simple volunta-

rio, pues, habiendo venido a estos países, en mi carácter de particular, creo muy natural que S. E. no supiese el rango militar que tengo en el Ejército del Perú. Nada podrá sustraerme—agregaba—del retiro en que me he propuesto mantenerme en el Perú, sino una batalla en cuyo día, todo americano que pueda ceñir una espada, está obligado a emplearla en defensa de la causa de la libertad de América; si ese día la fortuna coronase esta obra como lo espero, volvería entonces a mi vida privada, satisfecho de la única recompensa que ambiciono en este mundo”.

El Libertador el 14 de Junio contestábale en las siguientes frases: “Ya antes había manifestado a Heres mi deseo de verlo en las filas del Ejército Libertador; un bravo General como Ud. temido de sus enemigos y experimentado entre nuestros Jefes y Oficiales no puede menos de dar un nuevo grado de aprecio a nuestro ejército. Por mi parte, ofrezco a usted un mando en él, si no correspondiente al mérito y situación de usted a lo menos propio para distinguir a cualquier Jefe que quiera señalarse en un campo de gloria, porque un cuerpo del Ejército de Colombia a las órdenes de Ud. debe contar con la victoria. Así pues, mi querido General y amigo, yo insisto a Ud. para que acepte mi convite, siempre que su situación física permita a Ud. este sacrificio.—BOLIVAR.

El 9 de Julio ya O'Higgins con algunos compañeros salía en pos del Ejército Libertador. Llegó al cuartel general el 18 de Agosto continuando el Libertador hasta Huancayo; pero, al día siguiente, partía para los campos de Avacucho en donde esperaba recibir las órdenes para su actuación mi

litar. Bolívar incorporó a O'Higgins en su comitiva y con él se hallaba en Lima cuando el 18 de Diciembre de 1825 se recibió la noticia del triunfo de Ayacucho. Asistió serenamente a las festividades, pero con su alma enferma de decepción por no haber asistido, como él lo deseaba, al triunfo final de la independencia de América. O'Higgins, desde entonces, abandonó su uniforme y como Bolívar le preguntara una vez cómo es que asistía a las fiestas de la América libre sin sus condecoraciones: "Señor, le contestó tranquilamente O'Higgins, la América es ya libre; desde hoy el General O'Higgins no existe; sólo soy el ciudadano Bernardo O'Higgins; después de Ayacucho mi misión americana está concluída". Bolívar lo estrechó entre sus brazos, juntóle a su corazón algunos momentos y vivamente emocionado alzó el elegante bastón con empuñadura de oro y la inicial de su nombre que tenía en la mano, lo besó y lo entregó a O'Higgins, diciéndole:

"General, conserve usted este bastón como un obsequio del Libertador Simón Bolívar, que admira su patriotismo y su corazón".

He aquí delineado el prócer en cuyo homenaje os pido ponernos de pie mientras descubrimos su retrato.

Inaugurando la Casa Bolivariana

(23 de Julio de 1935)

Ante todo un ruego y una súplica. Os pido segreguar un puesto en esta ceremonia para aquel, a quien sin nombrarlo, todos lo recordáis, para el espíritu de aquel gran señor que era y es nuestro mentor, gentil y genial, para don Carlos Ibarra cuya muerte, cuyo alejamiento material no le aparta de nuestro lado y muy menos aquí, en esta su casa, cuyos muros han vibrado tantos años en la eclosión bolivariana.

Para Don Carlos Ibarra es este un día de victoria y glorificación. Yo os pido que transportándolo por nuestra voluntad y acercándolo a nuestros ojos, lo aplaudamos para recibirlo como el gran animador de la Sociedad y de sus obras.

Otro socio hará el elogio del gran bolivariano. Yo voy a continuar en la tarea honrosa que se me confiara humedeciendo mi garganta con las lágrimas que empapan mis pupilas.....

* * *

Ningún acuerdo más plausible ni resolución más acertada que la de iniciar las grandes festivi-

dades que culminan de un acto cumplido con otro que es en sí la iniciación de una nueva era de labores cada vez más fecundas y de empresas cada vez más benéficas.

Al fundarse años atrás la Sociedad Bolivariana declaró que dentro de su vasto programa sería obra de realización inmediata, objetivo cercano de sus esfuerzos, muestra exterior de sus ideales, bandera de su contienda la de un monumento grandioso y grandilocuente al Libertador.

En afán de superación social, simultáneamente, en tanto que los bronces fundían las ideas en Europa, aquí se vertía en todas las almas la cimiento de la nueva fe: la fe bolivariana.

Regando sus doctrinas en terreno ya fecundo, preparado a la nueva mística, el buen éxito no se hizo esperar y a la gesta triunfal se sumaron fuerzas psicológicas, sociales y contribuciones materiales que tornaron en realidad las aspiraciones bolivarianas de otrora.

Mañana brillarán al sol ecuatorial pleno de esperanzas los bronces simbólicos y monumentales, y nuevos ideales encaminarán sus pasos hacia el cumplimiento de otras aspiraciones.

La Sociedad Bolivariana se detiene en su camino: canta la inauguración del monumento con la fundación de la Casa Bolivariana. Su himno no podía tener mayor significación; abre a todos los hombres sin limitar a nadie los horizontes, las fuentes de la cultura bolivariana. En ella podrán saciarse todas las ansias de conocimiento y de investigación histórica, en ella se efectuarán estudios y disciplinas y se discutirán temas sobre tópicos que podrán más tarde influenciar aún en las co-

rrientes de la opinión ciudadana, para bien de la Patria misma.

La Casa Bolivariana será un nuevo hogar para todos los hombres de voluntad y fé bolivariana.

En esa Casa, con el libro y el folleto, la conferencia y el periódico, con andar mesurado pero firme, la Sociedad Bolivariana edificará un nuevo monumento social que avive la fé ciudadana y de la que renazca la mutua confianza nacional.

Bibliotecas y salas de lectura, archivos y sitios de meditación, servirán para plasmar la nueva ideología, de todo se encontrará en la Casa Bolivariana, de modo que ella será escuela e instituto fragua y taller, universidad y cuartel, porque en ella se estudiará las enseñanzas de Bolívar, sus concepciones de estadista, su ciencia de gobierno, su política y su estrategia, y se analizarán sobre todo sus teorías sobre el derecho humano y social que han restaurado a Bolívar en el sitio que ya el mundo lo va colocando, aún cuando no con la comprensión integral y la justicia, entre los más grandes hombres de la humanidad.

Por doquier se tornen las miradas y estudien problemas de actualidad hallaremos ¡Milagros del genio! que Bolívar se anticipó a los siglos y a los acontecimientos, superando a sabios y eruditos de otras épocas históricas por el acierto y la verdad de sus aspiraciones sociales, políticas e internacionales.

De ahí que el mundo todo honra y estudia al Libertador. Sólo de ayer es que París y Roma elevaron monumentos que se han negado en sus Capitales a Césares y políticos sin trascendencias históricas.

Y es que la ciencia bolivariana, es ilimitada como los teatros que glorificaron sus hazañas y es fecunda como las tierras que libertándolas las devolvió al derecho social.

En el Ecuador era esencial que existiese la Casa Bolivariana y no solo por lealtad y amor a Bolívar, no sólo por el procerato que nos fuera concedido, a fuer de razonamientos históricos que lo justifican sino también, y hay que decirlo, porque nosotros tenemos necesidad y urgencia de fe nacional.

Y es que hoy, más que siempre el mal específico de la mentalidad social de nuestra América se ha revelado con caracteres más agudos, haciendo, por ello mismo, más necesario el analizar y estudiar serenamente toda la verdad de la doctrina bolivariana honda y fecunda.

En el mundo todo hay signos de mejoramiento sensible y por doquiera renace el optimismo.

El Ecuador, país de inmensos recursos, excelentemente dotado por la Naturaleza, solo le falta un mejor estudio de sí mismo. Aquí hacemos el vacío y acentuamos la anemia y todo porque nadie quiere hacer un esfuerzo para pensar primero en sí mismo, en la colectividad y en la Patria; porque parece que aquí la condición esencial del patriotismo fuese el denigramiento sistemático como si ya no existiese la fé en el país.

Hay pues, que estudiar y meditar, penetrar en el alma nacional y despertar en ella las energías espirituales. Enseñar todas las grandes leyes de la comunidad y de la solidaridad que nos obligan los unos a los otros a confundir nuestros sacrificios y nuestras voluntades. Es ese el gran problema so-

cial que no puede resolverse sino con el pensar humano, el calor humano, la comprensión humana.

Y por todo ello la fundación de la Casa Bolivariana tiene toda actualidad y tendrá diversas prolongaciones. Los países de Europa reaccionan revalorizando y enseñando historia. En programa sintético de última hora, los Soviets prescriben la enseñanza de los Zares para avivar el amor a la Patria que ya no es para ellos la universal de su programa inicial.

En Francia desde frentes contrarios, todos los partidos suscriben el conocimiento de la Historia que ha hecho la grandeza de la nación, ejemplarizándola en todos los órdenes.

Jamás como en estos últimos tiempos las grandes figuras de la Historia han alcanzado mayor actualidad.

Clemenceau no tuvo otro ideal que el lirismo de la historia y de la Patria en peligro. Fué ese fervor lírico el que salvó a Francia. En la Casa Bolivariana se hará la historia.

He ahí ensayado el carácter y enunciado apenas el concepto de la Casa Bolivariana que será una prolongación de ésta en que la Sociedad nació y creció al orgullo ecuatoriano. Casa que se deberá como ésta en queña filantropía bolivariana de Dn. Carlos Ibarra Valdivieso a cuya memoria nos debemos sin merma ni división alguna, y a la familia Ibarra continuadora de ello, sin partícipes y sin reservas.

Las nuevas generaciones se sucederán en el estudio de Bolívar y de sus doctrinas. En ellas hay suficiente para colmar muchas vidas.

La Casa Bolivariana, desde hoy constituida,

será el templo en que se oficiará el culto del Libertador.

Formulemos votos de que por siempre ondee al viento de todas las grandes aspiraciones sociales, la bandera que proclame la Unión ecuatoriana y la fraternidad ciudadana, número máximo de doctrina bolivariana.

Para las naciones hermanas, aquí tan dignamente representadas, la Casa Bolivariana será un cuerpo de guardia para sus gloriosas banderas. Se estudiará la historia de cada país y se glorificarán a sus héroes. Asociaremos, igualmente, a todas las naciones de América, para que desde ella irradie el ideal de la patria americana, ideal también de Bolívar.

A esas banderas uniremos por homenaje singular al Libertador dos estandartes: el de España, la última nación libertada por las doctrinas de Bolívar, al decir de Unamuno y el tricolor francés, el de aquella patria a la cual viajó con el pensamiento el Libertador en tanto que su espíritu se hundía en Santa Marta en las inmensidades de la Historia.



“Son derechos del hombre la libertad, la seguridad, la propiedad y la igualdad. La felicidad general, que es el objeto de la sociedad, consiste en el perfecto goce de estos derechos.”

Bolívar

EL LIBERTADOR BOLIVAR

Eran las 13 horas de aquel fatídico día 17 de Diciembre de 1830, cuando el Sol de Colombia hundíase en el ocaso de la vida, para renacer dominante, en los ilimitados campos de la historia humana, glorificado después de una existencia extraordinaria, incomparable en los tiempos, inconfundible en las edades, única en los pueblos, excepcional en las civilizaciones.

Múltiples obras fueron por él cumplidas, en los cuarenta y siete años en que recorriera la trayectoria de su vida, que tiene como punto inicial, Caracas, el 24 de Julio de 1783, como vértice, la victoria de Ayacucho y como término, San Pedro Alejandrino, el 17 de Diciembre de 1830.

Los cánones de la Teología apenas pueden ofrecer a la consideración de los hombres y al ejemplo de los pueblos, un espíritu, una alma de tan inagotables y creadoras energías, de mayor potencialidad y gracia, de más substancia en las ideas y de más vigor en las labores,

Paulo de Tarso, Ignacio de Loyola, San Agustín, Santa Teresa de Jesús, con sus atributos extraordinarios, se acercan a aquel gran profesor de energías, al místico de la Libertad, al inspirado poeta de la guerra.

La historia militar no encuentra en sus páginas sangrantes, un genio más maravilloso, más espontáneo, más encumbrado, mayormente magnífico y extraordinariamente magnánimo.

Epaminondas se confunde en la noche de los tiempos helénicos y su capacidad apenas si dejó huella de luz en las victorias de Leuctras y Mantinea, en las campañas de la Democracia de Tebas contra los Macedonios.

Alejandro, llamado el Grande, somete a la Grecia, triunfa sobre la Persia, atraviesa el Elessponto, conquista Egipto, funda Alejandría, abriendo a una nueva civilización las rutas de Occidente; pero su obra de hermanar pueblos sin unificar almas y voluntades se extingue pocos años después de su muerte.

Anníbal, llena con su nombre un momento de la Historia, pero él apenas si es el valor representativo de un pueblo educado en el amor a la Patria y en el culto del deber; fué la encarnación del espíritu de Cartago: noble, sobrio, valeroso.

César tiene algunos puntos de semejanza con Bolívar, y se le acerca, a través de los milenios, en el don milagroso de crear ejércitos de la nada, de alcanzar victorias cuando faltan armas y pertrechos, de escalar cumbres para librar batallas, vengando a su Patria del desdén de unos pueblos o de la arrogancia acometiva de otras razas. Pero Bolívar, invitado por sus Tenientes a pasar el Rubicón y coronarse, prefiere, al de emperador, el título inmortal que le diera su Patria, el de Libertador; honor, declara él, mayor, más imperecedero que todas las coronas del mundo.

Carlos V y Gonzalo de Córdoba y el Cid

Campeador y Gustavo Adolfo y Federico de Prusia pasan desfilando en el carro de las edades, afirmando ya el principio de nacionalidad en el imperativo de los pueblos, ya fundiendo en moldes unitarios el concepto de una época, ya imponiendo, después de victorias obtenidas, una superestructura estatal, causa de enojos, celos y rivalidades, que ensangrientan por largo tiempo, las culturas europeas.

Por coincidencia singular, Bolívar se educa en el gran período histórico de los enciclopedistas franceses. Su maestro esclarecido, Simón Rodríguez, era un roussoniano en la extensión y el significado del término. La Filosofía del siglo XVIII infiltrábase por doquier en las juventudes, que en lento parcimonioso despertar de la colonia, iban deshojando las páginas de los libros clásicos e inyectándose de un realismo ponderoso y evidente.

*
* *

Como Napoleón, Bolívar fue creación de su tiempo, pero el genio que inmortalizó el atributo de aquellas dos naturalezas privilegiadas, si les hermana en su iniciación creadora, les aparta, hasta trocarlos en sus rumbos y actividades, en dos líneas paralelas, pero no opuestas, que jamás se encontrarían en el final de su jornada.

Napoleón toma en sus manos la revolución, que era una tormenta desencadenada, un río fuera de su cauce, al que sólo habría que tornarlo a su lecho, para que fecundo diera su rendimiento.

En efecto, Napoleón toma para sí el impulso arrogante de las ideas en embrión, y en su carro de

guerra las riega en todos los pueblos de Europa.

Gloria incomparable del genio francés, Napoleón escaló todas las cimas, venció todas las resistencias, dominó todos los tronos: General, Cónsul, Emperador y Rey. Combatió en Egipto, cuna del cristianismo, hizo la guerra a Inglaterra, asiento del protestantismo eclético. Un Pontífice romano consagró sobre la frente del Corso, la corona de los Lombardos, y Alemania y Prusia y Portugal y Rusia y la misma España, fueron campos para la fortuna de sus armas y dominio de su gloria.

Actor incomparable del drama de la libertad en Europa, dominó a aquella reina de humanos ideales, trocándola en instrumento de sus victorias, hasta que se volvió contra él mismo, cuando las semillas del postulado de la gloriosa Revolución del 79, regadas por sus soldados en las trincheras, fructificando, encendiendo en todos los pueblos las luminarias de los nuevos ideales, entonaron el himno a la LIBERTAD, IGUALDAD y FRATERNIDAD.

*
* *

Bolívar que conoció a Napoleón en Francia y cuyo coronamiento de Rey lo presencié en Milán, bebió en el Aventino las auras puras de la verdadera libertad, y en la cúspide del Monte Sacro, depurando la historia de aquella época tormentosa pero grandiosa, juró regresar a la América, como apóstol de una doctrina cuyo fracaso presencié en Europa: aquella democracia, a la que consagraría su vida toda como un holocausto perpetuo a la libertad humana.

En veinte años de luchas inconfundibles, la frente de Bolívar se coronaría con el laurel de cien victorias; su cabeza sería orlada con el gorro frigio de la República. Su corazón palparía con ritmo uniforme en todas las ciudades del Nuevo Mundo y sus doctrinas fecundarían en América, con la impetuosidad de los trópicos, hasta volverse sangre de la sangre de todos los americanos.

Bolívar está fuera de las contingencias humanas; para él es pequeña la apoteosis de la gloria, pues realizó lo que hombre alguno no hubiera realizado en la Historia.

Todo en él fue grande: su valor personal, que lo mismo le impelía a escalar el inmenso Chimborazo, entre témpanos de hielo, como a desafiar de un salto las vorágines del Tequendama; coraje que le impulsaba en los momentos de dudas y vacilaciones de sus tropas, a cargar a la cabeza de sus escuadrones, como en Araure. Carácter inconfundible con que desafiaba al enemigo, lanzándole sus estandartes para arrojarlos el mismo, como en los campos de La Puerta, a disputarlos y rescatarlos, cjemplarizando a los suyos.

Coraje que en Boyacá, en Junín, en Bomboná hacía exclamar por uno de sus más esforzados subordinados: "O el Libertador busca la muerte o ha perdido la razón, corramos a salvarle".

Su epopeya de gloria es extraordinaria, superior a la de César, Anníbal o Napoleón, por el poder de sus concepciones y el acierto de la ejecución de sus planes.

Son 500 las acciones de guerra en que se entregan el Libertador y los suyos en holocausto a la libertad. Cuando juzga llegado el momento, tras-

pone los Andes con sus tropas semidesnudas y triunfa en Boyacá, liberando a la Nueva Granada. Vuélvese a continuación a Venezuela, y, en las sabanas de Carabobo se enfrenta con los bizarros cuadros españoles, abriendo con el estampido de los cañones que pregonan la Libertad, las puertas de la heroica Caracas que recibe a su hijo predilecto, temblando de emoción....

Las actividades bélicas de Bomboná y Pichincha, se confunden en la capital de los Shiris, y la heroica Quito abre sus brazos al Gran Libertador, al presentarle como su tributo, los pendones que por doce años flamearon enhiestos en las cimas del Panecillo.

Junín, marca la ruta que conduce al Condor-kanqui, a cuyas plantas libróse la batalla final, la batalla de Ayacucho, en la que se extinguen para siempre los fuegos del glorioso ejército hispano.

Los grandes triunfos militares de Bolívar, aquellos que son los inmensos jalones de la victoria, aquellos que se destacan entre centenares de batallas y combates, de los que su genio guerrero supo sacar máximas enseñanzas, pueden sintetizarse en Cúcuta, Niquitao, Tinaquillo, Bárbula, Las Trincheras, La Victoria, Tahuanes y Araure (1813), Carabobo Primero y San Mateo (1814), Chire, Yagual, Mucuritas, Angostura (1818), Querseras, Pantano de Vargas y Boyacá (1819), Carabobo (1821), Cartagena, Maracaibo, Puerto Cabello, Bomboná (1822), Ibarra (1823), Pichincha, Junín y Ayacucho....

Su prestigio fue extraordinario: lo llamaron en su auxilio todas las naciones de América: México, Cuba, Chile, La Plata....

Atraídos por su fama de guerrero, quisieron servir a sus órdenes todos los grandes generales de América, y, en disputa extraordinaria, seis mil soldados europeos: ingleses, italianos, españoles y alemanes, anhelaban morir a la sombra de las banderas de Bolívar.

O' Higgins, el libertador de Chile, proclamó a Bolívar el primer hombre del Continente Americano.

San Martín afirmó que los hechos militares de Bolívar, le merecieron, con razón, ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido la América del Sur;

el mexicano Guerrero, ofrecióse a servir bajo sus banderas;

el inglés O' Connor ofrecióle uno de sus hijos,

Lameth le apellidó primer ciudadano del mundo; todos sus compañeros de armas le proclamaron héroe.

Morillo, su rival, en Santa Ana rindióse ante su grandeza, afirmando que "Bolívar era la Revolución"; y desde entonces, militares de todos los países estudian sus concepciones, analizan sus principios estratégicos, y aún bajo este aspecto, su estatura va sobrepasando a todos los guerreros de todos los tiempos y de todas las civilizaciones.

Fue igual, dijeron los ingleses que sirvieron a sus órdenes, como Capitán, a Carlos XII en audacia, a Federico el Grande, en constancia y pericia.

*
* *

Sobrepasó a Alejandro, en las dificultades que tuvo que vencer.

Bolívar que surgió del Nuevo Mundo en época de servidumbre, fue redentor de América; en la apacibilidad de la Colonia, al nacer Bolívar, brilló en las oscuras noches centenarias la estrella de Belén, anunciadora del nacimiento de aquel héroe mártir de la libertad. La revolución de la Independencia que agitaba ya a algunas de las inteligencias, recibió al nacer Bolívar, el alma, el espíritu que le faltaba, para que el pensamiento se transformara en fuerza y en acción.

Con la guerra destruyó prejuicios, creando con la victoria, la conciencia patriótica en los hombres que poblaban Audiencias y Virreinos.

Genio multipersonal y de múltiples formas. De su cabeza, **QUE ERA LA CABEZA DE LOS MILAGROS**, surgieron pensamientos que más tarde serían estructuras de Constituciones y Leyes para las Repúblicas por él creadas; de su voluntad que era de acero, el orden y la disciplina para los pueblos y los ejércitos; de su lengua—**LENGUA DE LAS MARAVILLAS**—manarían mensajes y proclamas como efluvios de luz, como modelos de erudición y sabiduría, de su corazón de sentires profundos, sensible al amor y al dolor, brotarían raudales de poesía. Es que era su corazón el nidal de la epopeya.

Un estudio atento y meditado, sereno y reflexivo de la Humanidad, nos conduce necesaria y obligadamente, a la para nosotros esperada conclusión: **NO EXISTIO HOMBRE MAS GRANDE EN EL MUNDO QUE EL LIBERTADOR BOLÍVAR.**

Y si es verdad que, incidentalmente, no tuvo en los tiempos de nuestra epopeya, para escenario

de sus prodigios, un teatro tan conocido como aquél en que operó Napoleón, ni fue hijo de una nación que como la Francia milenaria ha sido causa constante de inagotables estudios de parte de los sabios de la vieja cultura europea, en cambio, el Libertador, hijo sí de una raza ilustre, de ajeño abolengo, operó sobre un plano tan vasto como es el Nuevo Mundo, siempre creciente, con la constante evolución de veintiún naciones que a él deben su creación. Pueblos que hoy prosperan infinitamente, imponiendo rumbos extrordinarios a toda la civilización actual, engrandeciendo así a los ojos de los profanos, el pedestal en que se asentara, hace un siglo, la figura del Libertador, aquella figura llamada a crecer con los tiempos, hasta alcanzar la estructura y grandeza de los siglos, ya por la inmensidad de su obra como por la sublimidad de su espíritu.

Y es que el Libertador, como todos los genios, tiene como una de sus características distintivas de ser siempre actual.

Como las águilas, Bolívar vivió enamorado de las alturas, despreciando los abismos. Subió más alto que nadie en la gloria.

Bolívar fue la voluntad indomable y creadora. Atraía como el imán: hacia él concurrían en tropel, pueblos y naciones para que labrara su grandeza; y así dió forma y realidad al pensamiento de Tupac-Amaro, de Zea, de Quiroga, de Espejo, de los Carrera, de los Nariño, de los Gual y España que anhelaba la mutación reivindicadora.

Nadie como él ha merecido la justicia histórica en el Nuevo Mundo.

En el orden político, fueron creaciones admi-

rables: la carta de Jamaica (1815), el Proyecto Constitucional de Angostura (1819), el Estatuto de Bolivia (1825), que hasta hoy tiene actualidad inspiradora en asambleas, congresos y parlamentos. El sufragio lo proclamó como cuarto poder del Estado. Lo que no significa que su pensamiento genial, su ilustración magnífica, su clacisismo imponderable, no se hubieran expuesto constantemente, en la forma brillante que era tan propia del Libertador, en todos sus discursos, en todas sus oraciones a la libertad, a la independencia y a la gloria de América.

Fueron 126 los discursos y mensajes que ha recogido la Historia, en los que se puede admirar su estilo maravilloso, fruto de su pasión libertaria, y en los que se recorre como en armonioso diapason, la filosofía, la historia, la literatura, el arte, todos revestidos de energía, de claridad, de precisión, tratando temas diversos, asuntos distintos, dentro de la uniformidad de su pensamiento y de la excelsitud única y propia de Bolívar.

Entre sus discursos se destacan los pronunciados el 2 de Enero de 1814, ante la Asamblea de Caracas; el 23 de Enero de 1815, en Bogotá, al inaugurarse el nuevo Gobierno de la Unión; el del 13 de Setiembre de 1823, dicho en Lima, ante el Congreso del Perú; el Mensaje del Libertador al Congreso Constituyente de Colombia, el 20 de Enero de 1830, etc.

Vencido en Puerto Cabello, oculto en Cartagena, fugitivo en Jamaica, mantiene con el calor de su elocuencia, encendido el fuego de la libertad en los pueblos abatidos y pesarosos.

Sus proclamas no igualadas ni por César en

Roma, ni por Carlos V, cuando el sol no se ponía en los dominios españoles, ni por Napoleón, cuando con el ímpetu de los nuevos ideales, más que con la fuerza de las bayonetas transformaba Europa, constituyen un conjunto de lo que un poeta podría llamar: frondosidades de un bosque tropical; un artista, matices o colores de un inmenso cuadro; y un guerrero, lampos de fuego, con los que incendiaba ciudades y campos, para que surgiera de los mismos, nuevos Ejércitos para la libertad, y para que soldados heridos, sangrantes aún, acudieran al llamamiento del Libertador, para ofrecer su vida al servicio libertario, disputándose el honor de morir a órdenes de Bolívar, esperando de él la mirada confortante en el sacrificio, o el laurel de la victoria.

Existía en él una perfecta unidad entre los ideales y los procedimientos; entre el pensamiento y la acción; entre su voluntad intrépida y su perseverancia inexorable; con sus manos daba forma a sus geniales concepciones; con su espada cortaba los obstáculos que se oponían a sus deseos bienhechores.

Con sus proclamas la libertad tomaba formas: el derecho expresión positiva; la independencia aspectos de realidad sustantiva. De ahí que en las noches de las decepciones, en las oscuridades de los vivacs, en el desierto de las ciudades, las ideas por Bolívar emitidas, fueron aliento y estímulo y fuerza creadora, y que las palabras por él articuladas, corrieran de boca en boca, de oído en oído, moviendo a los pueblos a la guerra, al sacrificio, a la muerte.



El Libertador lo dió todo a su altísimo ideal americano. Su situación nobiliaria plena de prerrogativas en la Colonia; su aceptación distinguida en la Corte española; su fortuna personal que la despilfarró en la guerra; los caudales de sus allegados que los quemó en la hornaza de la consagración americana; sus esclavos a los que redimió para la lucha, a la que consagró su genio, su inmenso corazón, sus prodigiosas energías, talentos y actividades.

En el crisol de la guerra, depuró todo cuanto a él de cerca o de lejos le pertenecía hasta surgir como surgió: gigantesco, exaltado, elevando en sus manos la bandera tricolor, símbolo de toda aquella leyenda épica, a la que le dieron cumplido aspecto sus hechos inauditos.

América entera se puso de pies a su llamada, ningún pueblo del Nuevo Mundo mostróse indiferente ante el nuevo Evangelio; al juzgarlo, cada nación americana ha expuesto de Bolívar, por pluma de sus más representativos valores, que hombre alguno los hubiera recibido:

El brasileño Verissimo dirá: *que la estatura moral de Bolívar, crecería en la Historia a medida que crezcan las naciones que fundó, a medida que crezca toda esta América del Sur, cuya redención a él debe en primer término y de la que es la primacial figura;*

el cubano José Martí añadirá: *Hombre fue aquel, en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas y lo era. Como el sol llega a creerse por lo que deshiela y fecunda y por lo que ilumina y abrasa; en Chile, Vicuña Mackena, exaltará al Liber-*

tador diciendo de él: *A Bolívar, el Libertador, desde Cumaná a Potosí nada le ha detenido. Ha destruido Virreinos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas, ha rehecho el mundo;*

el mejicano Pereira exclamará: *Bolívar no es sólo un General ni un estadista, es un Sísifo. Sabe como se puede intentar lo imposible y sabe dar a la quimera el aliento de la vitalidad. Es el genio que divisa claramente las realidades posibles;*

Cecilio Báez, paraguayo, dirá del paladín americano: *que había robado el fuego de su alma a los volcanes y las alas de su corcel de guerra a los vientos;*

Venezuela, con el verbo de Cecilio Acosta dirá: *que tan extraordinaria se alza la figura de su hijo benemérito en la corriente de los siglos que, si alguna vez llegan las sociedades a envolverse de nuevo en tinieblas y errores, se volverá la vista a él como a un evangelio para la doctrina y como a un faro para la luz. El día en que el Libertador tenga su Olimpo, él será el Júpiter; el día en que el derecho tenga altas, él será el mito; el día en que la política universal tenga sistema planetario, él será el sol,*

el colombiano Valencia tendrá la visión del poeta y contemplará el perfil del Libertador *sobre el muro negro, derruido de los tiempos que fueron . . . y verá como el acompasado galopar de su caballo, la tierra brota soldados que iban formando a su espalda, como la cauda inmensurable de un cometa, y como iba llevando de monte a monte andino los incendios de la guerra y la voz de Dios;*

Arguedas, boliviano dirá: *Bolívar veía a la distancia y más lejos que todos los hombres juntos de su tiempo y hasta del pueblo que quiso nacer a su sombra y bajo su amparo . . . sabía que dando su nombre a un pueblo viviría eternamente en la memoria de la posteridad.*

Trabaja para la eternidad; vence a la tierra hostil y a los hombres anárquicos: es el super hombre

de Nietzsche, el personaje representativo de Emerson.

General y estadista tan grande en los congresos como en las batallas, dirá de Bolívar, García Calderón.

El gran escritor ecuatoriano, Juan Montalvo, en admirable pensamiento sintetizará la figura del Libertador, en las siguientes frases: "... Dentro de mil años la figura de Bolívar será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado por la fama, ungido por los siglos".

* * *

Mas, Bolívar, héroe universal, sobresale en el escenario del Nuevo Mundo: su nombre conviértese en un gonfalon glorioso; Bolívar es símbolo de libertad y con su nombre en los labios, los cautivos de Europa, toman las armas y se lanzan a la contienda por el imperio de la Democracia en el orbe.

Y así, frente a los cálidos homenajes que a aquella colosal figura se le rinden en América, los europeos disputan su admiración a los propios americanos.

Ya es J. P. Hamilton, Coronel inglés, que opina que "*Bolívar era el hombre más grande, el carácter más extraordinario que hasta ahora hubiera producido el Nuevo Mundo y héroe supereminente, sobre cuantos héroes viven en el templo de la fama;* y Benjamín Constant, campeón del liberalismo en Francia: "*Si Bolívar muere sin ceñirse una corona, será en los siglos venideros una figura singular; en los pasados no tiene semejante;*

y Emilio Castelar, el ilustre orador español, exclamará: "*La independencia americana es el he-*

cho más grande de nuestro siglo. La antigüedad no conoció nada semejante;

y el renombrado historiador italiano César Cantú resumirá su concepto sobre el Libertador, en la siguiente bella forma: "*Bolívar salvó las ideas liberales y los principios de la Revolución de América con 500 hombres, cuando Napoleón los dejaba perecer con 500.000 en Europa;*

y el destacado escritor inglés Carlyle, dirá de Bolívar: *En más de una ocasión marchó Bolívar por los Andes, hazaña semejante a la de Aníbal, sin parecer atribuirle mayor importancia;*

y el eminente historiador de las hazañas de Bolívar, el francés Mancini, se expresa sobre el Libertador, en esta forma: *Bolívar es para América el imperecedero símbolo del ideal republicano. Si algún hombre ha podido resumir en sí las tendencias de una época, y pereinifica una idea, ese hombre es verdaderamente aquel a quien sus ciudadanos saludan con el insigne título de Libertador;*

y el General Maximiliano Foy, ilustre francés, dice: *Bolívar será en la Historia el ejemplo más noble de grandeza a que puede llegar el hombre;*

y el diplomático holandés Quartel, lo compara con Guillermo de Nassau;

y el belga De Pradt, ilustre prelado, juzga a Bolívar más desinteresado que Napoleón y muy superior a Washington.

*
* * *

Y la España, y la preclara y gloriosa España, cómo traduce sus sentimientos, ante el héroe fruto de su raza, en admirable trasplante al Nuevo Mundo? ¿Acaso su causa, que para España era de justicia, limítase a enfrentar a los voluntarios de Bo-

lívar sus intrépidos tercios, y a cerrar los irredentos de la América los caminos de la libertad? No por cierto.

En la contienda demuéstranse en continuidad pasmosa, los atributos y las características de la raza, que ilustraron Pelayo, Gonzalo de Córdoba, Cervantes y Carlos V, con otros que hacen legión de honor al mundo y a la cultura misma.

No indiferente al movimiento de las tierras por España abiertas a la civilización, esa nación prodigiosa, airada en veces, pero sincera siempre, no dejó entrever entre el humo de los campamentos, al genial guerrero que en América encauzara el movimiento emancipador de pueblos, que debiendo a España: idioma, cultura y religión, habían llegado a la mayor edad y se batían por gobernarse a sí mismos.

Desde 1813, ya soldados de Castilla militan a las órdenes de Bolívar; los Jalón, los Villañol, los los Campo Elías, Mires Torres, Campomanes, Mina, Renovales, son asombro y prodigio en las filas republicanas.

Y luego, Santa Cruz, La Mar, Santander, Sucre, Urdaneta, Mariño, Mosquera, Ibarra, Méndez, Olmedo, Rocafuerte, Elizalde y cien más, ufánándose del viejo solar hispano, se apresuran a incorporarse en las luchas por la libertad.

En la misma Península, Riego con sus batallones destinados a la América; acaso no toma por su cuenta una emancipación constitucional, que acogida por el trono, se encarna en las Cortes, orientando bajo formas democráticas a aquella milenaria dinastía?

España ha hecho honor constante a aquel

gran español Simón Bolívar, que sin ambages emuló a los más grandes hijos de la gloriosa Iberia, honores que hoy culminarán con un monumento que se erigirá en el solar de los Bolívares, en el pueblo de Castilla.

*
* *

Bolívar fue en el Continente el primero en la guerra, el primero en la libertad, el primero en la elocuencia; pero lo fue igualmente, el primero en las faenas civiles de la administración, de la justicia y de la ley.

En asuntos de justicia fue inexorable, insospechable, absoluto, irrenunciable. Decreta la guerra a muerte y la cumple en toda su intensidad; cuando llehó el caso eliminó al ilustre Piar; por indisciplinado, con la misma rectitud que más tarde a Padilla y a Vinnoni.

Las instituciones públicas, las reformas legislativas, las empresas por la salud y el prestigio de la América, le acreditaron de sabio legislador, de político de mirajes profundos y altísimos, de magistrado sin par; circunstancias que entre las múltiples que le volvían el primer hombre de su siglo, influyen también para que su memoria viva eternamente en el pecho de todos los americanos.

Ideas políticas, principios sobre derecho y legislación, definiciones sobre orden y libertad, sus postulados sobre la democracia, son hoy mismo un verdadero código político de palpitante actualidad, capaz de ser fuente de inspiración constante de constituciones y leyes positivas, en estas horas, en que las expresiones no fuesen meros términos,

como no lo fueron en los tiempos de la épopeya, si no frutos de análisis mismo de circunstancias geográficas, de medio ambiente, a los cuales nunca dejó Bolívar que su gran obra fuese indiferente.

Sobre las hondas de todos los desengaños que sufriera en su carrera política, encumbrándose sobre las perspectivas de las dificultades, de los peligros, de las borrascas, de los combates, que obscurecieron en veces el brillante horizonte de sus glorias guerreras, se elevó siempre con su grandeza olímpica, inmensa, extraordinaria, como la libertad misma, de la cual fue Bolívar cerebro y corazón, padre amantísimo e hijo obediente.

Encendido en fé y en patriotismo, absorbido en las faenas de la paz y de la guerra, jamás Bolívar dejó descuidado un detalle sin atenderlo. No hubo instrucción que no fuese dictada en tiempo oportuno, ni consejo o consuelo que no lo prodigara, cualesquiera que fuesen las circunstancias y los efectos a producirse.

Alguien dijo del alma de Bolívar: *que era una alma vigilante, bañada en eternidad, luz ya sin auroras ni crepúsculos en su creadora perennidad.*

* * *

Las cartas de los grandes hombres se han considerado siempre como la parte más importante de sus obras, concepto este de imponderable acierto.

En las confidencias íntimas, el hombre se presenta con toda claridad, ajeno a todos los prejuicios, indiferente a todas las influencias extrañas, obediente sólo a sus íntimos sentimientos.

Las cartas de Bolívar coleccionadas y edita-

das ya por O'Leary, Blanco y Azpurúa, Vicente Lecuna, son en realidad lo más grandioso de la obra de Bolívar.

Elas están abiertas a la indiferencia de este siglo, respecto de hombres y de acontecimientos centenarios, y, sin embargo, despiden tal calor, tal elocuencia, tienen tanta alma, que palpitan como hace un siglo, conmoviendo, atrayendo, cautivando, como en las horas mismas de la epopeya.

Ciudadano o gobernante, soldado o general, amigo o enemigo, Presidente o Libertador, en los altos como en los bajos peldaños de la guerra, de la administración, de la política, de la amistad, Bolívar es realmente extraordinario.

El gran Rodó, afirmó del Libertador, que era *grande en el pensamiento, grande en la acción, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, grande para sobrellevar en el infortunio y la muerte la trágica expiación de la grandeza.*

En sus atributos físicos, Bolívar fué también extraordinario. Los que le conocieron, lo delinearon con los rasgos inconfundibles de los genios: hélos aquí:

"Cabeza cesárea, prominente en la parte posterior y diademada por semática explosión de rizados cabellos; sienes cóncavas, recogidas hácia adentro, como para pensar más firme y hondo, frente anchurosa, paralelamente surcada por ésas arrugas raian-tes con que marcan la piel de sus escogidos las preocupaciones del ideal, las ansias del deber, la penetración de un objetivo tan difícil cuanto anhelado, y los cotidianos cardos de una brega resuelta en constantes e ineluctables sacrificios; pómulos salientes sobre las mejillas desmedradas por fatigas y privaciones, insomnios y martirios; negros y rasgados los ojos, llameantes en su negrura sepulcral; perfil

grecó y dentadura marfileña; cutis entenebrecido por el candente beso del sol y por los aletazos de los vientos caribes; delgada pero férrea contextura, y aunque férrea es ágil, flexible, infatigable; estatura: menos que mediana, como la de un Tiers o un Bonaparte; piés y manos femeniles; voz aguda, pujante, si bien ronca y gutural, al hervido de la cólera o al impetu de la inspiración. He ahí la envoltura exterior del linaje humano que guardaría un espíritu eterno, una verdad eterna, una obra inmortal. A él lo señaló el destino para ocupar el primer puesto entre los héroes del mundo."

De sus grandes ojos negros, de su mirada obscura, de su pensar profundo, brotarían la fuerza, la potencia, la energía, para encender las almas de veinte y un naciones y para brillar sin fin y sin término a través de la historia, sin límites en las edades, inmortal en su esencia y en su forma; pues hoy, Bolívar es la misma libertad que fué su obra y en la que se confunde en la trasmutación más grandiosa de los tiempos.

*
* *

Bolívar como estadista, ahondó los más grandes problemas de la organización política y social. En el orden político, ya lo sabemos, fueron sus creaciones admirables: la carta de Jamaica (1815), el Proyecto Constitucional de Angostura (1819), el estatuto de Bolivia (1825), obras que traducidas a todos los idiomas tienen hoy el valor ilustrativo de plena actualidad, en asambleas, congresos y parlamentos.

Buscando la solidaridad americana, Colombia y el Perú firmaron, en 1822, el Tratado Mosquera-Monteagudo; suscribiéndose en años poste-

riores, análogos convenios entre Colombia y México, Colombia y el Perú.

Bolívar fué el primero en proclamar el principio de arbitraje; el primero que habló del panamericanismo; el primero que organizó una Liga de las Naciones, con el famoso Congreso de Panamá.

Los americanos no podemos menos de sentirnos orgullosos de que hubiera nacido en el Nuevo Mundo un hombre tan extraordinario, tan grandioso, tan original. Con razón se ha dicho de él que fué *el más potente soplo de vida que haya animado la arcilla humana*.

Fué él de los héroes máximos que saben romper los círculos limitados de las patrias, e imponer su culto en tierras extrañas y remotas. En él tuvieron campo todos los embates del pensamiento y de la acción contemporáneos. Se le considera como héroe latino por excelencia, como el producto más depurado de nuestra raza.

General omnipotente, señor de cinco repúblicas, ídolo de los Ejércitos, adorado de los pueblos; estrategia genial, gobernante modelo, sabio estadista, honrado administrador, augusto consejero, autor de Constituciones, alma de la Democracia, fué entonces y es hoy un ejemplar único en la Historia humana.

La cultura del siglo XX le ha erigido ya un monumento grandioso, para el que han contribuido, en disputa extraordinaria, sabios e historiadores de todo el orbe; políticos y estadistas de todas las naciones; sacerdotes de todas las religiones; filósofos de todos los credos; poetas de todos los idiomas; escultores de todas las escuelas; obreros de todos los pueblos; campesinos de la tierra de Amé-

rica; libertos de todos los prejuicios; porque Bolívar fué luz para todos los caminos; astro que iluminó todas las noches; sol que penetró como calor y vida a todas las conciencias.

* * *

Y con todo y a pesar de que él, para amar al Héroe Epónimo habría sido preciso formar de todos los corazones de América un solo corazón, debió, para ser más completo, más cabal, más humano, caer al peso de desengaños y decepciones.

Y él, que en un momento dado había con su pensamiento iluminado la América, no quiso en sus últimos días, pensar, según él expresó, en nada ni en nadie, y el autor dudó de sí 'habría arado en el mar o sembrado en el viento', y cayó en el hogar que la generosidad de un español quiso ofrecer a la historia, hundiéndose en el ocaso, cerca del mar, como para aligerar sobre el piélago inmenso, su vuelo al infinito, pidiendo a los pueblos, que fueron su creación: unión, concordia, justicia en el orden, libertad en el derecho.

Con el Libertador y al mismo tiempo que él, hundióse en el infinito de los tiempos, aquella Nación prodigiosa, águila de inmensas alas, que voló un día en el mundo de Colón, y a la cual él mismo la llamó la Gran Colombia; obra máxima de acierto imponderable, del pensamiento creador de Bolívar.

Han pasado los años y se han renovado las generaciones. La Gran Colombia fué despedazada y de sus escómbros surgieron tres Naciones, a las que, por suerte feliz, sigue inspirándolas el espíritu

inmortal de Bolívar, para que continúen por los caminos de orden y de libertad por él trazados.

Y buena prueba de ello, es que en estas horas, en que la América viste de duelo, nuestros pueblos ofician con el alma arrodillada, en memoria de Bolívar, el Genio en que se encarnó la libertad y los caracteres grandes de la Hispania máxima, de cuya fusión, surgieron ideales que han equilibrado el mundo, dotándole de dones humanos y generosos, como fueron los pensamientos de Bolívar: estructura de nuestras constituciones, de nuestras leyes, y garantías en el proceso a seguirse en los destinos históricos de estas nacionalidades.